

COCORÍ: UNA LECTURA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA COSTARRICENSE

*Virginia Caamaño Morúa**

ABSTRACT

The article examines the construction of black people in the national identity discourse and the insertion of that construction into literature starting on the analysis of the Joaquin Gutiérrez Mangel novel *Cocorí*.

Key words: *Cocorí*, identity discourse, literature.

RESUMEN

El artículo examina cómo se construye a las personas negras en el discurso identitario nacional y la inserción de dicha construcción en la literatura, a partir del análisis de la novela *Cocorí* de Joaquín Gutiérrez Mangel.

Palabras clave: *Cocorí*, discurso identitario, literatura.

Las investigaciones sobre la identidad costarricense en documentos y textos históricos, filosóficos y literarios de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, realizadas entre otros por Carmen Murillo, Omar Hernández, Tatiana Lobo, Mauricio Meléndez, Giovanna Giglioli, María Amoretti, y últimamente Lara Putnam y Alexander Jiménez, han demostrado que durante ese período se construyó el mito de una Costa Rica, cuya esencia étnica y cultural eran blancas, muy blancas y sus ciudadanos, habitantes del Valle Central, descendían directamente de “españoles puros”. Eran, además, iguales en su pobreza o al menos en su escasez de medios, lo que permitió a los ideólogos de la época hablar de una “homogeneidad” de la población, envidiada, según parece, por las demás naciones del continente. El resto de habitantes del país, los que no vivían en la Meseta Central, eran vistos como “los otros”, ajenos por diferentes, exóticos... Tal valoración no se circunscribía a su aspecto físico y a sus prácticas culturales, sino que se extendía

también a su cualidades morales y a sus aptitudes intelectuales. Según Lara Putnam: “La identidad blanca es tanto el producto del trabajo cultural y práctica social, como lo es cualquier otra categoría racial. El privilegio blanco se define mediante su contraposición con otros raciales denigrados” (Putnam 1999:51)

Con respecto a lo anterior la antropóloga Carmen Murillo nos explica que:

“Esta capacidad de reconocer como afín al europeo y de desconocer “al otro”, o bien, de conocerle y valorarle anteponiendo la noción prejuiciada de su supuesta inferioridad, ha permitido históricamente a los sectores dominantes construir una visión de mundo que liga “blanquitud” con cultura occidental y reconoce en ella la ruta para acceder al progreso y la civilización. De ahí que desde la óptica liberal, el proyecto de desarrollo nacional reconozca como su supuesto y su meta, sólo una cultura, una lengua; desde esta óptica, no sólo es congruente, sino necesaria, la exclusión de “los otros”. (CR Imaginaria:49)

Dicha visión de mundo se transparenta en los textos de tres representantes de la intelectualidad nacional de la primera mitad del siglo XX. Abelardo Bonilla asegura que:

* Profesora de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

(...) la base de la población costarricense la formaron los conquistadores y colonizadores españoles, puesto que al llegar Colón a nuestras costas en 1502, la población aborigen, considerablemente reducida por causas aún no determinadas, apenas si pasaba de treinta mil indios, hecho que explica la preponderancia de la raza blanca en Costa Rica y la circunstancia de que no se hayan presentado nunca entre nosotros los problemas sociales, económicos y culturales que la población indígena o las mezclas, han creado en otros países indohispánicos. Heredó pues el costarricense la sangre y el espíritu español, con sus virtudes y defectos y su formación inicial fue fundamentalmente española. (Bonilla 1961:278)

Y León Pacheco agrega que:

(...) el hombre costarricense, en su esencia, no ha cambiado (...) las bases de su formación están casi intactas. Lo único que ha variado, desde fines del siglo pasado hasta nuestros días, es la ampliación del escenario en que se desarrollan sus actividades, pues nuevas zonas económicas se han agregado a las anteriores. Sin embargo, los centros urbanos históricos, situados en la zona limitada de la Meseta Central, siguen siendo el escenario de su vida social, económica, intelectual y emocional. De tal manera que el litoral del Atlántico, primero y el del Pacífico, después, han sido pedazos del territorio nacional añadidos a la totalidad del país desde todos los puntos de vista. Se han aclimatado en ellos hasta nuevos tipos humanos, extraños a nuestra sensibilidad y tradiciones: el negro jamaicano y el nicaragüense en el Atlántico. Últimamente, en las nuevas explotaciones del Pacífico, el nicaragüense y el panameño. El tico es un ser esporádico en esos litorales. Para el costarricense de la Meseta Central esas zonas se hallan fuera del alcance y representan, dentro de las modalidades de su existencia sedentaria y aperezada, la aventura y las más de las veces un mundo nebuloso. (Bonilla 1961:231-232)

Es evidente en los textos anteriores que las características físicas y culturales de los habitantes de esa Costa Rica circunscrita a la Meseta Central, se asimilan con las de los europeos-españoles. Los habitantes de los otros territorios se perciben como ajenos a la esencia de ese “costarricense”, singular e inmutable a lo largo del tiempo. Lo cual se expone claramente en *Geografía social y humana de Costa Rica*, publicada en 1943 y escrita por el historiador Carlos Monge Alfaro, quien afirma que:

El negro nunca se entronca a la sensibilidad nacional: siempre forma un islote en el concierto de la república. Su temperamento y su organismo, sumamente resistentes, han triunfado en las condiciones climáticas de la Zona Atlántica. Soporta calores, enfermedades y siempre está en magníficas condiciones para trabajar. Fue el alma de los bananales; sin él la Compañía no habría podido exportar la fruta. Generalmente (son) altos, pedantes, de mentalidad muy torpe, pero de muy desarrollada vanidad. Viven desde Limón hasta Peralta. Son muy lujosos y se distinguen por sus zapatos chillones, por sus vestidos y chalecos blancos. En Puerto Limón hay escuelas especiales para ellos, pero generalmente son muy tardos en aprehender. (...) Forman (...) un grupo flotante sin nacionalidad espiritual. (citado en Hernández 1999: 222-23)

De esta manera, se construye un imaginario adjudicado a ciertos habitantes del territorio nacional a los que no se les reconoce “nacionalidad espiritual”, en contraposición con el “verdadero costarricense”: civilizado ciudadano de una sociedad homogénea inmune a la hibridez, cuyo imaginario se manifiesta en el comportamiento colectivo, se reproduce por medio de la educación y los medios de comunicación –entre otras instancias– y se expresa en sus obras culturales y formas de convivencia, en muchos casos de modo poco consciente.

Según el filósofo mexicano Luis Villoro: “Los poderes y las ideologías políticas, para dar unidad a la comunidad y marcarle un sentido a su acción, suelen hacer explícita una interpretación de la nación que se manifiesta en imágenes simbólicas y en narraciones sobre sus orígenes y metas.” (Villoro 1998:71)

Tales ideologías se manifiestan y a menudo se reproducen o se subvierten –en mayor o menor medida– en la literatura, por ser ésta una práctica determinada social, histórica y culturalmente. Dos textos literarios de la época ejemplifican la construcción del carácter de las personas negras, inscritas dentro del enorme grupo de esos “otros” diferentes, de exótica cultura, tan distinta de la de los blancos meseteños, descendientes de los europeos.

En un fragmento de la novela *Mamita Yunai* de Carlos Luis Fallas, publicada en 1941, se narra como los peones bananeros costarricenses

y de otros países latinoamericanos miraban a los trabajadores negros “que cantaban en inglés, formados en rueda, una canción *salvaje* y monótona y se acompañaban dando palmadas con la manos y pateando con ritmo el suelo.” (Fallas 1995:127). (Los subrayados en esta cita y la siguiente son míos).

El otro texto es de *Los cuentos de mi Tía Panchita* de Carmen Lyra publicado por vez primera en 1920. El cuento “La Negra y la Rubia” inicia así:

Había una vez un hombre rico que se ocupaba en el comercio. Quedó viudo con una hija y esta hija era una niña muy linda: parecía una machita por lo rubia y lo blanca que la había hecho Nuestro Señor.

Además, tenía unos ojos que era como ver dos rodajitas que se le habían sacado al cielo. Y sobre todo, sangrita ligera y buena que daba gusto.

El hombre era ambicioso y no contento con lo que tenía se casó de nuevo con una vieja birringa, una mujer viuda también, a quien él creía muy rica. Después de casado se convenció de que lo de los bienes de la mujer eran más hojas que almuerzo, de que tenía un genio que sólo su madre la podía aguantar y para aliviar los males, se tenía una hija fea como toditica la trampa, *negra, ñata, trompuda, con el pelo pasuso* y de ribete *mala y malcriada* como ella sola y la *muy tonta* se creía una imagen. (Lyra 1999: 95)

En el imaginario racial costarricense de la época, si una canción era cantada por personas negras, dicha canción sería “bárbara”, “salvaje” –aunque el autor del texto fuese un declarado anti-racista–. Si una niña era negra, “esa” sería una niña fea, porque además de su color de piel –y utilizamos a continuación el término con que Monge Alfaro construye su “modelo” de las personas negras– “generalmente” su nariz sería ancha y corta, sus labios gruesos y su pelo muy rizado. Pero además sería mala, malcriada y tonta. Así se asumía el estereotipo racial completo, al unir a la descripción física una apreciación de las cualidades morales y las capacidades intelectuales, como se nota en el cuento de Carmen Lyra y en el texto del citado historiador.

El elemento común en los fragmentos de los mencionados textos literarios canónicos es la valoración moral, cultural y estética de una persona o un grupo de personas, a partir de rasgos

físicos propios de los afrodescendientes. Estas personas, al igual que los indígenas, sus descendientes y los descendientes de otros inmigrantes no europeos han sido considerados “diferentes” y sus lenguas y costumbres “extrañas” por no decir “salvajes”; por lo tanto no están integrados en el imaginario de ese “ser costarricense” construido por el discurso liberal en la época señalada.

Pero ¿qué sucede en Cocorí?

La novela *Cocorí* de Joaquín Gutiérrez Mangel (la citas corresponden a la edición de Legado, 2003), publicada en 1947, nos da una visión amigable de uno de los litorales llamados por León Pacheco “mundo nebuloso”. Los habitantes del pueblo son: el héroe Cocorí; mamá Drusila, única mujer negra mencionada en la historia y un grupo de hombres integrado por el Campesino, quien vive en un rancho; el Pescador Viejo; otros pescadores; el Negro Cantor, quien sólo canta y contempla las estrellas, por lo que mamá Drusila lo considera un vagabundo; el Carpintero; el Aguador y el Leñador. Las relaciones entre estas personas son amistosas y como en cualquier pueblo pequeño, todos se conocen. Y luego están los animales con los que el protagonista se relaciona: doña Modorra, la tortuga centenaria; el travieso mono Tití; don Torcuato el lagarto que le dobla en edad a la tortuga, el pajarillo y Talamanca la bocaracá.

La zona donde habita Cocorí, un niño de 7 años, inteligente, curioso y desobediente con su madre –como todos los niños– está comprendida enfrente, por el mar “(...) dueño y señor de innumerables secretos que aguijoneaban la imaginación de Cocorí” (2003:11) y por la selva que “(...) a sus espaldas, elevaba su mole tenebrosa y casi impenetrable. De ella salían, a veces, impresionantes mensajeros que ponían sobresaltos en el corazón del Negrito” (2003:11)

También hay un tercer espacio, que para el niño, es tan misterioso como la selva y el mar: el mundo de los blancos: “los hombres rubios que vivían al otro lado del mar” (2003:11); de donde

venía la niña rubia, “tan linda como un lirio de agua” (2003:14).

El mundo de los hombres rubios llega hasta Cocorí, en un barco “grande como todas las casas del pueblo juntas” (2003:13) representado por dos mujeres: una niña y su madre, quienes hacen una cortísima travesía material por el texto. Sin embargo, la presencia de la niña permanece a lo largo de toda la novela en el recuerdo de una rosa, que ella le obsequia a Cocorí. La belleza, fragilidad y aroma de la flor se hacen una, en la mente de Cocorí, con el recuerdo de la niña. Por eso el chiquillo piensa que: “En el país de los hombres rubios, (...) las niñas y las flores son iguales.” (2003:16). Es la identificación entre ambas la que lo impulsa a hacer un viaje a través de la selva, en busca de respuestas para sus preguntas. Preguntas sobre la brevedad de la vida y la mejor manera de aprovecharla y vivirla, que han acompañado a la humanidad a lo largo de toda su historia. Cocorí demuestra su inteligencia, curiosidad y valentía, pero sobre todo su profundidad. Y que un niño negro aparezca en una novela de la época descrito de tal manera, nos lleva a considerarlo un texto subversivo, que traiciona y cuestiona la ideología dominante.

Sin embargo, al analizar el lenguaje empleado en la novela con la carga ideológica que conlleva, nuestra lectura toma otros rumbos.

Observamos que la niña es descrita como: “Suave y rosa, con ojos como rodajas de cielo y un puñado de bucles de sol y miel (...)” (2003:14). Es blanquísima y, por lo tanto, bellísima desde el imaginario estético occidental, su aspecto es angélico y la referencia al cielo en sus ojos nos remite a ese espacio.

Y ella, la niña, se asombra al ver a Cocorí. Lo llama “raro” e intenta quitarle el color con un dedo, creyendo que el niño está sucio. Cocorí, mientras tanto se siente mal, está confundido, azorado...

Sin embargo, poco después se recrimina por haberse comportado “tan tonto” y teme haberla enojado. Y aquí percibimos la posición subalterna de Cocorí, pues desde una perspectiva no excluyente, ¿no sería Cocorí quien debiera estar furioso o al menos molesto por la curiosidad –por no decir insensibilidad– de la niña con respecto a su apariencia física? ¿Porqué Cocorí no la encon-

tró también “rara” a ella y en cambio sí la consideró muy linda, tan linda “(...) como un lirio de agua” (:14)? Vemos el privilegio que se le asigna al canon estético occidental: la niña rubia y de ojos celestes, es “linda”; Cocorí negro, es “raro”.

Y nos recuerda el texto de Carmen Lyra citado. La descripción de los ojos de la niña es casi exacta en ambas historias. Y también en ambas hay una contraposición entre niños de diferente color de piel, aunque en el de Carmen Lyra es muy claro el carácter asignado a cada una de las niñas.

Siguiendo con nuestro análisis, notamos que el narrador omnisciente nos habla desde la primera página del “negrito” y a partir de la tercera le sigue llamando así : Negrito, pero con mayúscula (28 veces a lo largo de la novela), convirtiéndolo en su segundo nombre. Llama la atención que pudieron utilizarse las palabras niño, chiquillo, chiquito, muchachito o incluso mocoso –como lo llama en algún momento doña Modorra– las cuales serían perfectamente adecuadas. Si se trata de un niño, ¿porqué insistir tanto en su color? Este tratamiento tan repetitivo acentúa su exotismo, su “otredad”, sobre todo en relación con la niña rubia que aparece como “normal”: ella es como “se debe ser”, no es “rara”, Cocorí en cambio, sí lo es.

Algunos ejemplos del empleo de la palabra Negrito son los siguientes:

—Aferrado a sus faldas se sintió tranquilo, porque las mamás pueden defender a sus negritos de la montaña, del hambre, del jaguar o del relámpago. (2003:10)

—(...) Mamá Drusila (estaba)(...) casi segura de haber perdido para siempre a su Negrito. (2003:56)

Cuando Cocorí le hace su pregunta al Carpintero, este responde:

—Yo no sé quién hace estos negritos tan preguntones. (2003:34)

Y el Lagarto pregunta: —¿Este negrito temerario será uno de los peregrinos? (2003:47)

Asimismo enfatiza en los rasgos físicos de Cocorí:

—(...)las oscuras manitas, rebosantes de reflejos (...). (2003:15)

—Y mientras corría por su piel de chocolate una lágrima enorme (...). (2003:29)

Cuando se explica que “(...) la trompita de Cocorí permanecía fruncida (...)” (2003:32) se está recurriendo directamente al estereotipo con que a menudo se describen los rasgos físicos de las personas negras; en este caso, su boca o sus labios se convierten en “trompa”. Aunque se ponga en diminutivo su connotación es muy clara.

Al referirse a mamá Drusila, el narrador no la llama mujer, madre, mamá o simplemente Drusila sino la Negra:

- La Negra lo miró de arriba abajo. (2003:33)
- (...) estas y otras preguntas fúnebres se hacía la Negra. (2003:53)
- (...) y la pobre Negra soltó el llanto. (2003:54)
- Recordaba a mamá Drusila, que no sabía de él hacía tantos días, y las lágrimas le corrieron a raudales pensando en el tibio amor de la Negra. (2003:67)
- La Negra salió a la puerta limpiándose el rostro con el delantal. (2003:75)
- (...) Con los desvelos de la Negra que la había regado día y noche (...). (2003:75)

Y hasta ella misma se llama así:

- (...) yo soy una Negra ignorante (...). (2003:33)

El énfasis que se da en el texto sobre el color de la piel tanto de Cocorí, de mamá Drusila como del Negro Cantor, cuyo nombre es precisamente ese: “Negro Cantor”, pueden asumirse como señal de una ideología eurocéntrica que privilegia la blancura y construye a los “otros”, que viven en los márgenes de la “Civilización” —entre el mar y la selva— como exóticos, “raros” o de nuevo en palabras de León Pacheco: “extraños a nuestra sensibilidad y tradiciones”.

Por esa misma insistencia en el color es que podría interpretarse negativamente la explicación que le da el Negro Cantor sobre la rica vida que durante un día vive la flor, en contraposición con la larga e improductiva de otros: “¿Tú crees que eso es vivir, Cocorí? Dormitar al sol rumiando pensamientos negros y malvados.” (2003:74).

Igualmente al decir: —“(...) y la cabeza de Cocorí se poblaba de ideas más negras que su piel” (2003:32), se comprende que las ideas de Cocorí no eran buenas, alegres o positivas. La unión del color negro con cualidades negativas está en el texto.

Desde la perspectiva de la ideología constructora de la identidad costarricense podríamos encontrar en la novela *Cocorí* algunos de los valores propuestos por dicha ideología, los eurocéntricos, donde se asume su canon estético, se privilegia la blancura de piel y con ella todas las cualidades de superioridad que se le han asignado. El autor y su texto son producto y productores a su vez de una determinada sociedad, cuyas contradicciones se manifiestan de una u otra forma en ellos. Por eso, en nuestro análisis apreciamos las cualidades tan positivas que se le asignan a Cocorí; cualidades que lo convierten en un niño especial; pero también su construcción como alguien exótico, distinto, en relación con la niña rubia. La lectura del texto no puede ser unívoca porque el texto tampoco lo es, esto le proporciona una gran riqueza interpretativa. Los diversos análisis que se le hagan —a veces enfrentados, contradictorios— nos permitirán ampliar nuestra comprensión de la obra y por medio de ella, de nuestra cultura.

No se solucionaría nada con juzgar a la literatura, junto con los autores y autoras, acusándoles de racistas, misóginos, machistas, xenóforos, homófobos, feministas-comes-hombres o cualquier otro epíteto...

Sabemos que la literatura no es una burbuja que flota desligada de la sociedad que la produce, ni de las otras prácticas culturales y discursivas que se dan simultáneamente con ella, con las cuales se articula y también se enfrenta, de ahí su carácter contradictorio. Los escritores son, de igual manera, producto de esa sociedad, están atravesados por los valores de ella. Así podemos encontrar al mismo tiempo en un texto rasgos de subversión, pero también reproducción de la ideología hegemónica; esto viene a depender en gran medida de la perspectiva de lectura utilizada. Por eso es necesario reconocer que toda lectura es parcial.

Es claro que no se debería ignorar la problemática que nos envuelve con respecto a la existencia de un rechazo de diferentes comunidades en el imaginario identitario costarricense. La discusión alrededor de los textos, pero especialmente sobre los valores de la sociedad que los produce es imprescindible y afortunadamente se

viene realizando desde hace ya algunos años. Se impone la necesidad de ser cada vez más conscientes y críticos de los imaginarios que han circulado y se han imitado hasta nuestros días, culpables de mantener a nuestra sociedad como un lugar de exclusión para cantidad de grupos que no calzan dentro de los modelos de “normalidad” establecidos. Los imaginarios que producen estos modelos deben ser revisados y cambiados pues ya no nos funcionan. Sin embargo, esto no se logra sacando los textos literarios de circulación, muy al contrario. La literatura es un medio para indagar, diagnosticar y encontrar respuestas a preguntas planteadas aún desde otras áreas del saber. Leamos y hagamos circular los textos sin temor de lo que podríamos encontrar en ellos. Critiquemos constructivamente. Sólo así podremos cambiar lo que nos impide vivir en una sociedad respetuosa de todos “los otros” que somos –de una manera u otra– todos nosotros.

Bibliografía

- Bonilla Abelardo. 1961. “El costarricense y su actitud política”. En: Bonilla, Abelardo. *Historia y Antología de la Literatura costarricense*. San José: Imprenta Trejos Hermanos.
- Cáceres, Rina. 1999. “El trabajo esclavo en Costa Rica”. En: *Revista de Historia / Escuela de Historia, Universidad Nacional. CIHAC, U. C.R. Enero-junio. N° 39.*
- Fallas, Carlos Luis. 1995. *Mamita Yunai*. San José: Editorial Costa Rica.
- Giglioli, Giovanna. 1996. “¿Mito o idiosincrasia? Un análisis crítico de la literatura sobre el carácter nacional”. En: *Identidades y Producciones Culturales en América Latina*. San José: Editorial de la U.C.R.
- Gutiérrez, Joaquín. 2003. *Cocorí*. San José, C.R.: Editorial Legado.
- Hernández, Omar. 1999. “De inmigrantes a ciudadanos: hacia un espacio político afrocostarricense (1949-1998)”. En: *Revista de Historia / Escuela de Historia, Universidad Nacional. CIHAC, U.C.R. Enero-junio. N° 39.*
- Jiménez, Alexander. 2002. *El imposible país de los filósofos*. San José: Ediciones Perro Azul, Editorial Arlekin.
- Lobo, Tatiana. 1997. *Negros y blancos: todo mezclado*. Tatiana Lobo, Mauricio Meléndez. San José: Editorial de la U.C.R.
- _____. 1998. “Costa Rica imaginaria”. En: *Costa Rica imaginaria / Comp. Alexander Jiménez, Jesús Oyamburu*. Heredia: EUNA.
- Lyra, Carmen. 1999. *Los cuentos de mi tía Panchita*. San José, C.R.: EDUCA.
- Meléndez, Mauricio. 1997. *Negros y blancos: todo mezclado*. Tatiana Lobo, Mauricio Meléndez. San José: Editorial de la U.C.R.
- Murillo, Carmen. 1998. “La piel de la Patria: sobre las representaciones de la diversidad cultural En Costa Rica”. En: *Costa Rica Imaginaria / Comp. Alexander Jiménez, Jesús Oyamburu*. Heredia: EUNA.
- _____. 1999. “Vaivén de arraigos y desarraigos: identidad afrocaribeña en Costa Rica, (1870-1940)”. En: *Revista de Historia / Escuela de Historia, Universidad Nacional. CIHAC, U.C.R. Enero-junio. N° 39.*
- Pacheco, León. 1961. “El costarricense en la literatura nacional”. En: Bonilla, Abelardo. *Historia y Antología de la Literatura costarricense*. San José: Imprenta Trejos Hermanos.
- Putnam, Lara. 1999. “Ideología racial, práctica social y Estado liberal en Costa Rica”. En: *Revista de Historia / Escuela de Historia, Universidad Nacional. CIHAC, U.C.R. Enero-junio. N° 39.*
- Villoro, Luis. 1998. *Estado plural, pluralidad de culturas*. México: Editorial Paidós Mexicana, S.A. y UNAM.